

repuse, y se lo agradezco con toda el alma. Y volviéndome hacia el conde, añadí: Corriente, seguiré el consejo de vucencia. Sin más tardar, mañana me arriesgo.—Hágalo V., y buena suerte, repuso Wainkoff.

En verdad, me eran menester las palabras de aliento del conde, pues conociendo como conocía de fama al zarewich, extraño compuesto de buenas cualidades, violentas pasiones y ciegos arrebatos, confieso que tanto me habría dado ir á atacar en su cubil á un oso de la Ucrania.

## VI

El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro y del gran duque Nicolás, de más edad que este último y más joven que aquél, no tenía la afectuosa cortesía del primero, ni la fría y sosegada dignidad del segundo; era en un todo parecido á su padre, de quien reproducía las buenas cualidades y las extravagancias, mientras sus dos hermanos habían salido á Catalina, Alejandro en lo que atañe al corazón, Nicolás en cuanto á la inteligencia, y ambos en la grandeza imperial de que su antecesora dió al mundo tan portentoso ejemplo.

Catalina, al ver su arrogante y numerosa prole, puso con preferencia los ojos en los dos mayores, no pareciendo sino que al darles respectivamente el nombre de Alejandro y Constantino les hubiese repartido el mundo; idea que, por lo demás, se armonizaba de tal suerte con la de la grande emperatriz, que ésta les había hecho retratar, siendo niños, al uno cortando el nudo gordiano, y al otro empuñando el lábaro. Más aun, el desenvolvimiento de la educación de Alejandro y Constantino, sujeta al plan trazado por la misma Catalina, no era sino la explicación de tan

grandes ideas. Así, Constantino, destinado al imperio de Oriente, sólo tuvo nodrizas griegas y maestros griegos, y Alejandro, asignado al imperio de Occidente, fué rodeado de ingleses. En cuanto al profesor común de ambos hermanos, fué un suizo llamado Laharpe, primo del valeroso general del mismo nombre que sirvió en Italia á las órdenes de Bonaparte. Pero los dos discípulos no recibieron con igual celo las lecciones de tan digno maestro, y la semilla, aunque la misma, produjo frutos diferentes, pues por un lado caía en tierra preparada y fértil, y por el otro en terreno inculto y agreste. Mientras Alejandro, á la edad de doce años, respondía á Graft, su maestro de física experimental, que le decía que la luz era una emanación continua del sol: «Esto no puede ser, porque en tal caso el sol se iría empequeñeciendo gradualmente»; Constantino respondía á Saken, su ayo, que le incitaba á que aprendiese á leer: «No quiero aprender á leer, porque veo que vos leéis incesantemente y cada día sois más bolo». Respuestas que eran trasunto del carácter y la inteligencia de los dos niños.

Constantino, en cambio, sentía tanta inclinación por los ejercicios militares como repugnancia por los estudios científicos. Esgrimir las armas, montar á caballo, hacer maniobrar á un ejército, parecíanle conocimientos muchísimo más útiles para un príncipe que no el dibujo, la botánica ó la astronomía. En lo cual también se parecía á Pablo, y tal era su pasión por las maniobras militares, que en la noche de sus bodas se levantó á las cinco de la mañana para hacer maniobrar á un pelotón de soldados que estaban de guardia en su palacio.

El rompimiento entre Rusia y Francia fué miel sobre hojuelas para Constantino. Enviado á Italia, á las órdenes del feld mariscal Suwarow, encargado de completar su educación militar, asistió á sus victorias en el Mincio y á su derrota en los Alpes. Un maestro como aquél, á lo menos tan célebre por sus extrava-

gancias como por su valor, estaba mal escogido para reformar las singularidades naturales de Constantino; por donde resultó que tales singularidades, en vez de desaparecer, aumentaron por tal manera, que era del caso preguntarse si el joven gran duque no llevaba el parecido con su padre hasta estar, como él, un tanto chiflado.

Después de la campaña de Francia y del tratado de Viena, Constantino fué nombrado virrey de Polonia, y allí, al frente de un pueblo guerrero, redoblaron sus aficiones militares, convirtiéndose en sus únicas distracciones, á falta de los verdaderos y sangrientos combates á que acababa de asistir, las paradas y las revistas, simulacros de la guerra. En invierno y en verano, ya viviese en el palacio de Bruhl, junto al jardín de Sajonia, ya residiese en el palacio de Buenavista, Constantino se levantaba á las tres de la madrugada y se enfundaba con sus propias manos, sin que nunca lo ayudase criado alguno, en su uniforme de general, y, sentado á una mesa cubierta de cuadros de regimientos y de órdenes militares, en un aposento en cuyos tableros estaban pintados sendos uniformes de los regimientos del ejército, releía los partes que por la víspera le trajeran el coronel Axamilowski ó el jefe de policía Lubowidzki, y los aprobaba ó desaprobaba, pero añadiendo indefectiblemente á todos alguna acotación. Esta labor lo tenía ocupado hasta las nueve de la mañana, á cuya hora y apresuradamente tomaba un almuerzo de soldado; luego bajaba á la plaza de Sajonia, donde solían esperarle dos regimientos de infantería y un escuadrón de caballería, cuya música saludaba su presencia ejecutando la marcha compuesta por Kurpinski sobre el tema: *Dios salve al rey*. Inmediatamente empezaba la revista. Los pelotones desfilaban equidistantes y con exactitud matemática ante el zarewich, quien los miraba pasar á pie, ostentando casi siempre el verde uniforme de los cazadores y un sombrero cargado de plumas de gallo,

que llevaba de modo que uno de sus picos tocase su charretera izquierda, mientras el otro apuntaba al cielo. Los azules ojos del príncipe casi desaparecían bajo sus largas y pobladas cejas, que resaltaban sobre su frente estrecha y cruzada de hondas arrugas, indicativas de continuas y profundas preocupaciones. La singular vivacidad de sus miradas, su pequeña nariz y su labio inferior saliente, imprimían un no sé qué bravío á la cabeza del zarewich, cabeza que parecía descansar sobre las charreteras, gracias á tener aquél muy corto el cuello, é inclinado hacia adelante. Al són de la música, á la vista de los hombres que él había formado, al acompasado rumor de sus pasos, animábase todo su sér, encendíasele el rostro como al fuego de la calentura, estiraba los brazos á lo largo de su cuerpo, y apartaba nerviosamente los puños violentamente cerrados, mientras con los pies y en continua agitación marcaba el paso, y con su voz gutural y entre sus acentuadas voces de mando, dejaba oír de tiempo en tiempo sonidos roncós y entrecortados que nada tenían de humano y expresaban alternativamente su satisfacción ó su cólera, según pasase todo á su gusto ó sucediese algo contrario á la disciplina. En este último caso, los castigos solían ser terribles, pues la más pequeña falta acarreaba, para el soldado, la prisión, y para el oficial, la pérdida de su grado; severidad que, por otra parte, no se limitaba á los hombres, sino que se hacía extensiva á todos, aun á las bestias. Una vez, el príncipe mandó ahorcar en su jaula á un mono porque metía demasiado ruido, otra vez hizo dar mil varazos á un caballo que tropezara por haberle él soltado por un instante las riendas, y por último hizo fusilar á un perro que con sus aullidos lo había despertado por la noche.

Si el zarewich era montaraz en su cólera, no lo era menos en su buen humor. Entonces se agobiaba de puro reírse, se estregaba alegremente las manos, y daba en el suelo fuertes patadas. En tales momen-

gancias como por su valor, estaba mal escogido para reformar las singularidades naturales de Constantino; por donde resultó que tales singularidades, en vez de desaparecer, aumentaron por tal manera, que era del caso preguntarse si el joven gran duque no llevaba el parecido con su padre hasta estar, como él, un tanto chiflado.

Después de la campaña de Francia y del tratado de Viena, Constantino fué nombrado virrey de Polonia, y allí, al frente de un pueblo guerrero, redoblaron sus aficiones militares, convirtiéndose en sus únicas distracciones, á falta de los verdaderos y sangrientos combates á que acababa de asistir, las paradas y las revistas, simulacros de la guerra. En invierno y en verano, ya viviese en el palacio de Bruhl, junto al jardín de Sajonia, ya residiese en el palacio de Buenavista, Constantino se levantaba á las tres de la madrugada y se enfundaba con sus propias manos, sin que nunca lo ayudase criado alguno, en su uniforme de general, y, sentado á una mesa cubierta de cuadros de regimientos y de órdenes militares, en un aposento en cuyos tableros estaban pintados sendos uniformes de los regimientos del ejército, releía los partes que por la vispera le trajeran el coronel Axamilowski ó el jefe de policía Lubowidzki, y los aprobaba ó desaprobaba, pero añadiendo indefectiblemente á todos alguna acotación. Esta labor lo tenía ocupado hasta las nueve de la mañana, á cuya hora y apresuradamente tomaba un almuerzo de soldado; luego bajaba á la plaza de Sajonia, donde solían esperarle dos regimientos de infantería y un escuadrón de caballería, cuya música saludaba su presencia ejecutando la marcha compuesta por Kurpinski sobre el tema: *Dios salve al rey*. Inmediatamente empezaba la revista. Los pelotones desfilaban equidistantes y con exactitud matemática ante el zarewich, quien los miraba pasar á pie, ostentando casi siempre el verde uniforme de los cazadores y un sombrero cargado de plumas de gallo,

que llevaba de modo que uno de sus picos tocase su charretera izquierda, mientras el otro apuntaba al cielo. Los azules ojos del príncipe casi desaparecían bajo sus largas y pobladas cejas, que resaltaban sobre su frente estrecha y cruzada de hondas arrugas, indicativas de continuas y profundas preocupaciones. La singular vivacidad de sus miradas, su pequeña nariz y su labio inferior saliente, imprimían un no sé qué bravío á la cabeza del zarewich, cabeza que parecía descansar sobre las charreteras, gracias á tener aquél muy corto el cuello, é inclinado hacia adelante. Al són de la música, á la vista de los hombres que él había formado, al acompasado rumor de sus pasos, animábase todo su sér, encendíase el rostro como al fuego de la calentura, estiraba los brazos á lo largo de su cuerpo, y apartaba nerviosamente los puños violentamente cerrados, mientras con los pies y en continua agitación marcaba el paso, y con su voz gutural y entre sus acentuadas voces de mando, dejaba oír de tiempo en tiempo sonidos roncós y entrecortados que nada tenían de humano y expresaban alternativamente su satisfacción ó su cólera, según pasase todo á su gusto ó sucediese algo contrario á la disciplina. En este último caso, los castigos solían ser terribles, pues la más pequeña falta acarreaba, para el soldado, la prisión, y para el oficial, la pérdida de su grado; severidad que, por otra parte, no se limitaba á los hombres, sino que se hacía extensiva á todos, aun á las bestias. Una vez, el príncipe mandó ahorcar en su jaula á un mono porque metía demasiado ruido, otra vez hizo dar mil varazos á un caballo que tropezara por haberle él soltado por un instante las riendas, y por último hizo fusilar á un perro que con sus aullidos lo había despertado por la noche.

Si el zarewich era montaraz en su cólera, no lo era menos en su buen humor. Entonces se agobiaba de puro reírse, se estregaba alegremente las manos, y daba en el suelo fuertes patadas. En tales momen-

tos se abalanzaba al primer niño que encontraba al paso, lo volvía y revolvía de todos lados, hacía que el niño le diese un beso, le pellizcaba las mejillas y la nariz y lo despedía poniéndole en la mano una moneda de oro. También el príncipe tenía horas que no eran de alegría ni de cólera, sino de postración completa y de melancolía profunda. Entonces, endeble como una mujer, gemía y se retorció en sus divanes ó en el suelo, sin que persona alguna se atreviese á acercársele; lo único que hacían era abrir las ventanas y la puerta, y una mujer rubia y pálida, esbelta, vestida de blanco y con cinturón azul, pasaba como una aparición. A esta vista, que ejercía en el zarewich un influjo mágico, exaltábase la sensibilidad nerviosa del príncipe, que convirtiéndose en sollozos sus gemidos, derramaba lágrimas abundantes. Pasada la crisis, la mujer se sentaba junto al zarewich, que descansaba la cabeza en los muslos de aquélla y se dormía para despertarse curado. Aquella mujer era Juana Grudzenska, el ángel guardián de Polonia.

Un día que, niña aún, Grudzenska oraba en la iglesia metropolitana ante la imagen de la Virgen, cayó sobre su cabeza una corona de siemprevivas que estaba colocada bajo un cuadro, y un viejo cosaco de la Ucrania, que tenía fama de profeta, consultado por el padre de la niña respecto de tal acontecimiento, le predijo que aquella corona santa, que le había caído del cielo, era un presagio de la que á Juana le estaba destinada en la tierra. Padre é hija habían olvidado tal predicción, ó más bien dicho sólo se acordaban de ella como de un sueño, cuando el acaso puso frente á frente á Grudzenska y á Constantino.

Entonces aquél hombre semisalvaje, de pasiones ardientes y absolutas, se volvió tímido como un niño; aquel á quien nada oponía resistencia, que con una palabra disponía de la vida de los padres y de la honra de las hijas, fué á pedir tímidamente al anciano la mano de Juana, suplicándole que no le negase un bien

sin el cual ya no había para él dicha en la tierra. El anciano, que recordó entonces la predicción del cosaco, vió en la petición de Constantino el cumplimiento de los decretos de la Providencia, y no se creyó con derecho á oponerse á ellos. El gran duque recibió pues el consentimiento del padre y de la hija; sólo faltaba el del emperador, y lo compró con una abdicación. Sí, aquel hombre singular, enigmático, que semejante al Júpiter Olímpico hacía temblar á todo un pueblo con sólo fruncir las cejas, á cambio del corazón de una doncella dió su doble corona de Oriente y de Occidente, esto es un reino que cubría la séptima parte de la tierra, con sus cincuenta y tres millones de habitantes y los seis mares que bañan sus orillas. En compensación, Juana Grudzenska recibió del emperador Alejandro el título de princesa de Lovicz.

Tal era el hombre con quien iba yo á encontrarme cara á cara, y que sordamente decían que había venido á San Petersburgo por haber sorprendido en Varsovia los hilos de una vasta conspiración que cubría toda Rusia, pero cuyos hilos se habían roto entre sus manos por el obstinado silencio de los dos conspiradores á quienes hiciera prender.

Como se ve, las circunstancias eran poco favorables para hacerle una petición tan frívola como la mía. Ello no obstante, decidíme á correr el albur de una recepción que no podía menos de ser singular. Alquilé pues un droschki, y al día siguiente partí para Ertelna, provisto de mi carta de recomendación para el general Rodna, ayudante de campo del zarewich, y de mi petición para el emperador Alejandro. Tras dos horas de marcha por una magnífica carretera orillada de casas de campo y á la derecha de llanuras que se extienden hasta el golfo de Finlandia, llegamos al convento de San Sergio, santo el más venerado después de san Alejandro Nicuski, y diez minutos después entramos en el pueblo. Al llegar á la mitad de

la calle Mayor y junto á la posta, doblamos á la derecha, y á los pocos segundos encontréme frente al palacio, cuya centinela me cerró el paso para dejármelo libre luego que le hube exhibido mi carta para el general Rodna.

Subí la escalinata y entré en la antesala; y como el general Rodna estaba trabajando con el zarewich, hiéronme aguardar en un salón con vistas á magníficos jardines cortados por un canal que va directamente al mar. Poco después, el oficial que se encargara de entregar mi carta vino á mi encuentro y me dijo que entrase.

El zarewich estaba en pie y arrimado á la chimenea, -pues aunque apenas estuviésemos á fines de setiembre, el tiempo ya empezaba á estar frío, -y acababa de dictar un parte á Rodna, que estaba sentado. Yo ignoraba que iban á introducirme con tanta rapidez, de modo que me detuve en el umbral, admirado de hallarme tan pronto en presencia del príncipe. El cual, apenas hubieron cerrado la puerta, avanzó la cabeza sin hacer con el cuerpo ningún movimiento, y poniendo en mí sus perspicaces ojos, me preguntó: —¿Cuál es tu patria?—Francia, señor, respondí.—¿Cuántos años tienes?—Veintiséis.—¿Cómo te llamas?—G....—¿Eres tú quien desea ser nombrado maestro de armas de uno de los regimientos de su majestad imperial mi hermano?—En ello cifro toda mi ambición.—¿Y dices que eres sobresaliente en la esgrima?—Perdone vuestra alteza, pero no he dicho tal, pues no me corresponde á mí el decirlo.—Pero lo piensas.—Vuestra alteza sabe que el orgullo es el pecado dominante de la pobre raza humana; por otra parte, he dado un asalto, y vuestra alteza puede informarse.—Sé cuanto pasó en el asalto, pero sólo tuviste que habértelas con aficionados medianejos.—Por eso los traté bien.—¡Ah! los trataste bien; y dime ¿qué habría sucedido de no haberlos tratado tú con mimo?—Que por cada dos botonazos yo les habría dado diez.—

¿Quieres decir que á mí me darías diez botonazos por cada dos que yo te diese á tí?—Según.—¡Cómo! ¿según?—Sí, señor, según vuestra alteza desease que le tratara. Si vuestra alteza me exigiese que lo tratase como á príncipe, sería yo quien recibiría diez botonazos por cada dos vuestra alteza; pero si vuestra alteza me diese licencia para que lo tratase como á todo el mundo, probablemente la oración saldría por pasiva.—¡Lubenski! gritó el zarewich estregándose las manos, mis floretes. Ahora veremos, señor fanfarrón.—¡Cómo! exclamé, ¿vuestra alteza permite?...—Mi alteza no permite, quiere que lo toques diez veces. ¿Por ventura te desdices?—Al venir aquí lo he hecho para ponerme incondicionalmente á las órdenes de vuestra alteza. ¿Qué ordenáis, señor?—Toma este florete y esta mascarilla, y al avío.—¿Vuestra alteza me obliga á ello?—Cien veces, mil veces, un millón de veces sí, respondió el príncipe.—Pues manos á la obra.—No te perdono ni un botonazo, dijo el zarewich empezando á atacarme; necesito los diez con que me has amenazado.

Pese á la incitación del zarewich, me limité pura y exclusivamente á parar.

—Paréceme que te andas con mucha circunspección, exclamó el príncipe, enardeciéndose. Aguarda, aguarda... ¡Ah ja! Y encendiéndosele el rostro y poniéndosele sanguinolentos los ojos, añadió: ¿Dónde están los diez botonazos?—Señor, el respeto...—Cargue el diablo contigo y con tu respeto. ¡Tócame! ¡tócame! Y como yo, usando inmediatamente de la licencia, le dí tres botonazos seguidos, profirió: ¡Bien! ¡muy bien! Ahora yo... Toma... ¡Tocado! ¡tocado!—Tengo para mí que vuestra alteza no me trata con miramientos, dije, y que es fuerza que salde mi cuenta.—Sáldala, sáldala... ¡Ah!

De carrera dí otros cuatro botonazos al zarewich, que á la vez me largó uno y exclamó loco de alegría y pataleando:

—¡Tocado! ¡tocado! ¿Has visto, Rodna? por siete veces él á mí, yo lo he tocado dos.—No, monseñor, repliqué cerrando con él, por diez veces dos... Ocho... nueve... diez... Estamos en paz.—Bien, bien, exclamó el zarewich; pero no basta tirar estocadas, porque, ¿de qué quieres tú que les sirva eso á mis soldados de caballería? Es menester esgrimir el sable. ¿Conoces tú la esgrima del sable?—Poco más ó menos como la de la espada.—¿Te defenderías con el sable, á pie, contra un hombre montado y armado de una lanza?—Creo que sí, señor.—¿Lo crees? ¿conque no estás seguro de ello?—Sí, señor, estoy seguro.—¿Pararías una lanzada?—Sí, señor.—¿Contra un hombre á caballo?—Contra un hombre á caballo.—¡Lubenski! ¡Lubenski! gritó nuevamente el zarewich, ... que me traigan un caballo y una lanza. ¿Has oído? un caballo y una lanza.—Pero, monseñor, repuse.—¡Ah! ¿te desdices?—No me desdigo, monseñor; para mí todas esas pruebas serían cosa de juego contra otro que no fuese vuestra alteza.—Y contra mí ¿qué?—Contra vuestra alteza, lo mismo temo salir bien que mal; si lo primero, temo que vuestra alteza se olvide que me ha ordenado...—Nada olvido; y además, aquí está Rodna, ante quien te he ordenado y te ordeno que me trates como lo tratarías á él.—Me atrevo á haceros observar, monseñor, que no me dejáis en libertad de acción, pues también trataría yo muy respetuosamente á su excelencia.—¡Ah lisongerol! repuso el zarewich; de esta suerte crees captarte la amistad del general, pero te advierto que nada tiene influjo sobre mí, y que sólo juzgo según mi parecer, ¿lo tienes entendido? Has salido en bien la primera vez, veremos si serás tan venturoso la segunda.

En esto Lubenski pareció ante las ventanas, guiando del diestro á un caballo y empuñando una lanza.

—Está bien, dijo Constantino saliendo del palacio y haciéndome seña de que lo siguiese. Oye, Lubenski, dale á ese un sable, un buen sable, un sable que se

adapte bien á su mano, un sable de los guardias montados. Ahora veremos, señor maestro de armas. Te aconsejo que te afirmes bien, ó te ensarto como los sapos que están en mi pabellón. ¿Te acuerdas del último, Rodna? vivió tres días atravesado por un clavo.

Dichas estas palabras, Constantino se subió sobre su caballo, hijo montaraz de las estepas que barría el suelo con sus crines y su cola, y con rara destreza y mientras blandía su lanza, le hizo ejecutar las evoluciones más difíciles. Interin, trajéronme tres ó cuatro sables para que escogiera uno, lo cual efectué á bulto.

—¿Estás? me preguntó el zarewich.—Estoy, señor, respondí.

Constantino sacó entonces su caballo al galope para encaminarse al extremo opuesto de la alameda.

—¿Verdad que esto es pura chanza? pregunté al general Rodna.—Al contrario, no puede ser más formal, me respondió el ayudante de campo del zarewich: va en ello la vida ó el empleo de V. Defiéndase usted como en un combate.

Las cosas se ponían más serias que no supuse. Como únicamente se hubiese tratado de defenderme y devolver golpe por golpe, habría corrido el albur; pero en el caso presente era muy distinto; con mi sable afilado y su lanza aguzada, la chanza podía resultar gravísima; pero no había escapatoria para mí, estaba comprometido; llamé pues en mi auxilio toda mi serenidad y toda mi destreza, é hice cara á Constantino. El cual ya había llegado al extremo de la alameda y acababa de hacer dar media vuelta á su caballo. Por más que Rodna me hubiese dicho, yo continuaba en la creencia de que las cosas no pasarían á mayores, cuando gritándome por última vez: «¿Estás?» ví al príncipe bajar su lanza y lanzar su caballo al galope. Sólo entonces comprendí que era del caso defender mi vida, y me puse en guardia. El caballo devoraba el espacio, y el zarewich estaba de tal

suerte echado sobre su cabalgadura, que sólo entre las orejas de ésta y tras las ondulantes crines pude ver la parte superior de la cabeza del príncipe, que al llegar junto á mí intentó darme una lanzada en mitad del pecho, lanzada que desvié por medio de un quite en tercia y hurtando el cuerpo. Caballo y jinete, arrebatados por su carrera, pasaron sin causarme daño alguno.

—Está bien, está bien, dijo Constantino al ver marado su golpe y deteniendo repentinamente y con maravillosa destreza á su caballo; volvamos á empezar.

Y sin darme tiempo de hacer observación alguna, el zarewich tornó á tomar campo, y, en preguntándome si estaba preparado, arremetióme con mayor furia que la vez primera; pero como yo, al igual que la primera vez, no perdía de vista su mirada ni sus acciones, aproveché el instante propicio para dar un quite en cuarta y hacerme á la derecha, de modo que jinete y caballo pasaron nueva é infructuosamente junto á mí. El príncipe lanzó un como rugido; y es que había tomado afición á aquel torneo como á una pelea verdadera, y quería que acabase en honra suya; así es que en el instante en que me supuse libre y quitto, lo ví prepararse para una tercera embestida. Sin embargo ahora decidí acabar de una vez, pues la chanza parecióme larga en demasía. En efecto, en cuanto ví que el zarewich iba á echárseme encima, en lugar de limitarme á un simple quite, descargué un violento tajo en el asta de la lanza que, cortada en dos, dejó desarmado á Constantino, cogí las riendas del caballo con tal fuerza que el animal se detuvo agobiándose sobre sus corvejones, y apunté mi sable al pecho del zarewich. Rodna, temiendo que yo iba á matar á su alteza, lanzó una gran voz, y Constantino, á quien indudablemente le asaltó el mismo temor, palideció. Pero al punto retrocedí un paso, é inclinándome ante el gran duque, le dije:

—Ahi lo que puedo enseñar á los soldados de vuestra alteza, si vuestra alteza me juzga digno de enseñarlos.—Si eres digno, voto al diablo, respondió Constantino, y ó podré poco ó tendrás un regimiento. Y apeándose continuó: ¡Lubenski! ¡Lubenski! conduce á Pulk á la caballeriza; y tú vente conmigo, voy á apostillar tu solicitud.

Seguí al gran duque, que entró nuevamente en el salón, cogió una pluma y escribió al pie de mi memorial:

«Recomiendo humildemente á su majestad imperial al solicitante, en mi concepto digno de obtener el favor que pide.»

—Toma esta solicitud y ponla personalmente en manos del emperador, me dijo el zarewich. Si te pasas á dirigir la palabra á su majestad, es fácil que des con tu cuerpo en la prisión; pero ¡qué diantrel quien no se arriesga no pasa la mar. Adiós, y si alguna vez pasas por Varsovia, visítame.

Henchido de gozo por haber salido del lance con tanta fortuna, hice una medida con la cabeza, y, subiéndome á mi droschki, tomé la vuelta de San Petersburgo, portador de la incontrastable apostilla.

Por la tarde fui á dar las gracias al conde de Wainkoff por el consejo que me había dado, por más que en nada estuvo como no me cuesta caro, y, con no poco espanto de Luisa, le conté lo que pasado había.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, partí para Zarko-Selo, donde residía el emperador, resuelto á pasearme por los jardines de palacio hasta dar con él, y á correr el albur de la prisión con que es castigado todo el que le presenta una solicitud.

## VII

El imperial sitio de Zarko-Selo sólo dista de San Petersburgo tres ó cuatro leguas, y sin embargo el camino tiene un aspecto muy otro del que ofrece el que yo siguiera la víspera para trasladarme á Estrelna. En vez de suntuosas quintas y de las amplias lejanías del golfo de Finlandia, vense desde él feraces campos de trigo y verdes praderas conquistadas hace pocos años por la agricultura sobre los gigantescos helchos que allí prosperaban apaciblemente desde la creación.

En menos de una hora y después de haber atravesado la colonia alemana me encontré en una pequeña cadena de colinas desde la cúspide de una de las cuales empecé á divisar los árboles, los obeliscos y las cinco doradas cúpulas de la capilla, que anuncian la mansión del soberano.

El palacio de Zarko-Selo está situado sobre el solar de una pequeña cabaña que pertenecía á una anciana holandesa llamada Sara, y á la cual cabaña Pedro el Grande solía ir para beber leche. La pobre campesina murió, y Pedro, que se había enamorado de la cabaña por la soberbia perspectiva que desde su ventana se descubría, la donó á Catalina, junto con el terreno colindante, para levantar allí una granja. Catalina envió por un arquitecto que, después que aquélla le hubo explicado lo que deseaba, hizo lo que todos los arquitectos, absolutamente lo contrario de lo que pedido le habían, esto es un palacio.

Con todo eso, por mucho que Zarko-Selo estuviese ya muy distante de su sencillez primitiva, á Isabel le pareció que no estaba en armonía con la grandeza y el poder de una emperatriz de Rusia; así pues hizo derribar el palacio paterno, y mandó construir otro

con gran magnificencia bajo la dirección del conde de Rastreti. El noble arquitecto, que había oído hablar de Versalles como de una obra maestra de suntuosidad, quiso sobrepujar á Versalles en brillo; y como le dijeran que el interior del palacio del gran rey era una ascua de oro, él hizo dorar todos los bajorrelieves exteriores de Zarko-Selo, molduras, cornisas, cariátides, trofeos, y aun los tejados. Concluida esta operación, Isabel escogió un día hermosísimo y convidó á toda su corte y á los embajadores á la inauguración de su imperial sitio. Al ver tanta magnificencia, por más que su aplicación resultase extraña, todos calificaron de octava maravilla del mundo el palacio, todos menos el marqués de La Chetardie, embajador de Francia, que no abrió el pico y se puso á mirar en torno de sí.

—¿Qué buscáis? preguntó al marqués la emperatriz un si es no es mortificada por aquella distracción.— Señora, respondió con frialdad el embajador, busco el estuche de esta magnífica joya.

Aquel era el tiempo en que bastaba componer una cuarteta para entrar en la Academia, ó en que una frase feliz abría á uno las puertas de la inmortalidad. No es extraño pues que el marqués de La Chetardie sea inmortal en San Petersburgo.

Por desgracia, el arquitecto había construido un palacio solamente para el verano, olvidándose completamente del invierno, así es que á la primavera siguiente hubo que hacer ruinosas reparaciones en todos aquellos dorados, y como cada invierno causaba los mismos deterioros, y cada primavera tenían que hacerse las mismas reparaciones, Catalina II resolvió sustituir el metal por un sencillo y modesto barniz amarillo, y pintar de verde suave los tejados, á la usanza de San Petersburgo. Apenas hubo cundido el rumor de tal cambio, cuando se presentó un especulador, ofreciendo á Catalina cuarenta y ocho mil duros por los dorados que había resuelto hacer desapa-



recer. Catalina dió las gracias al especulador y le respondió que no vendía los desechos de su casa.

Catalina, que en medio de sus victorias, sus amores y sus viajes no dejaba de ocuparse en su palacio favorito, hizo construir para su primogénito, á cien pasos del sitio imperial, el palacete Alejandro, y trazar por Bush, su arquitecto, los planos de unos jardines inmensos á los cuales sólo faltaba el agua. Ello no obstante, Bush, persuadido de que cuando una mujer se apellida Catalina la Grande y desea agua, el agua no puede faltar, trazó canales, cascadas y lagos en sus planos. En efecto, Bauer, sucesor de Bush, que descubrió que á Demidoff, que poseía en las inmediaciones una grande hacienda, le sobraba lo que á su soberana le hacía falta, expuso á aquél la sequía de los jardines imperiales, y Demidoff, como súbdito devoto, puso su superfluo á la disposición de Catalina. Al mismo instante y á despecho de los obstáculos, vióse llegar el agua por todas partes, desparramarse en lagos, lanzarse en chorros y saltar en cascadas; que es lo que hacía exclamar á la pobre emperatriz Isabel:

—Malquistémonos con toda Europa, pero no con Demidoff.

En efecto, en un momento de mal humor, Demidoff podía matar de sed á la corte.

Criado en Zarko-Selo, Alejandro heredó de su abuela su predilección por esta residencia, que encerraba los recuerdos de su niñez, ó si decimos el dorado fué de su vida. En las alfombras de césped de aquel palacio, Alejandro había dado sus primeros pasos, en sus alamedas aprendido la equitación, y en sus lagos hecho su aprendizaje de marinero; así es que en cuanto llegaba la primavera volaba á Zarko-Selo para no salir de él hasta que caían las primeras nieves.

A Zarko-Selo fué pues adonde me dirigí en persecución de Alejandro y donde me propuse aguardarlo.

Después de haber almorzado bastante mal y atro-

pelladamente en la fonda de la Restauración francesa, bajé al parque, donde pese á las centinelas, puede pasearse libremente todo el mundo. Verdad es que á causa de acercarse los primeros fríos el parque estaba desierto, ó quizá también la gente se abstenía de entrar en los jardines por respeto al soberano á quien yo iba á turbar y que, según me dijeran, á las veces pasaba todo el día paseándose por las más sombrías alamedas. Eché pues á andar al acaso y casi seguro de que acabaría por encontrar al emperador, y de no, esto es suponiendo que el acaso no se me mostrase desde luego propicio, no me faltarían objetos de distracción y curiosidad. En efecto, poco después llegué á la aldea china, gracioso grupo de quince casas, con sendas entradas, refrescatorios y jardines, que sirven de alojamiento á los ayudantes de campo del zar. En el centro de la aldea, dispuesta en forma de estrella, hay un pabellón destinado á los bailes y á los conciertos, y sírvele de repostería una glorieta cuadrada en cada uno de cuyos cuatro rincones hay una estatua que representa un mandarín de tamaño natural y fumando su pipa. Un día, el quincuagésimo octavo aniversario de su nacimiento, Catalina se estaba paseando con su corte por los jardines de Zarko-Selo, cuando al dirigir su paseo hacia la repostería, vió con profunda extrañeza que salía una espesa humareda de las pipas de los cuatro mandarines, que, al verla á la vez, empezaron á mover graciosamente la cabeza y á girar amorosamente los ojos. Catalina, para ver más de cerca el fenómeno, se acercó, y entonces los cuatro mandarines bajaron de sus respectivos pedestales, salieron al encuentro de su soberana, y, arrodillándose á los pies de ésta con toda la puntualidad del ceremonial chino, la cumplieron en verso. Aquellos cuatro mandarines eran el príncipe de Ligne, Segur, Cobentzel y Potemkin.

De la residencia de los generales fui á dar en la cabaña de los Lamas, hijos de las cordilleras, presente

del virrey de Méjico al emperador Alejandro. De nueve que el virrey envió, han muerto cinco; pero los cuatro que han resistido la temperatura han tenido una descendencia bastante numerosa, que, nacida en esta tierra, es probable que se acostumbre mejor al clima que no los compañeros de sus progenitores.

A alguna distancia de la casa de fieras, en medio del jardín francés y en el centro de lindo comedor, está la famosa mesa del Olimpo, imitación de la del regente, verdadero artificio de hadas, servida por criados invisibles y reposteros incógnitos, á la que todo llega como en la ópera, por debajo del suelo. Los que quieren tomar algo escriben en un papel lo que desean y colocan el papel en un plato que se abisma al instante y como por arte de magia para reaparecer cinco minutos después con el objeto apetecido. Tan previstos están todos los casos, que cierto día en que una hermosa, en su afán por reparar el desorden de un coloquio íntimo, pidió, sin esperanza de obtenerlas, unas horquillas, el plato volvió á subir majestuosamente con una docena de ellas.

Prosiguiendo mi camino llegué á una pirámide al pie de la cual duermen el sueño de los justos las tres galgas de Catalina, á las que sirve en común el epitafio compuesto por Segur para una de ellas. Es una galantería de la emperatriz á Francia en la persona de su embajador, pues también Catalina había compuesto un epitafio para una de las galgas; y como el dístico ese lo formaban los dos únicos versos que ella hubiese inventado en su vida, era natural que estuviese apegada á ellos, cuanto más que, según mi parecer, tales versos pueden competir muy bien con los del rival del príncipe de Ligne.

A continuación copio el epitafio escrito por Segur, epitafio que no sólo tiene la ventaja de hacer el elogio de la difunta, pero también de fijar de un modo indiscutible su genealogía, lo que para los sabios es de grandísima importancia:

## EPITAFIO DE ZEMIRA

AQUÍ YACE ZEMIRA. LAS GRACIAS,  
CUBIERTAS DE LUTO, HAN DE ARROJAR FLORES  
SOBRE SU TUMBA.

CUAL TOM SU ABUELO Y LADI SU MADRE, ERA CONSTANTE  
EN SUS AFICIONES Y VELOZ EN SU CARRERA.

NO TENÍA MÁS DEFECTO QUE EL SER  
UN POCO DESABRIDA, PERO ESTE DEFECTO ERA HIJO  
DE LA BONDAD DE SU CORAZÓN. QUIEN AMA  
TODO LO TEME, Y ZEMIRA AMABA  
POR MANERA INDECIBLE Á AQUELLA Á QUIEN TODOS AMAN.

¿CÓMO PUEDE VIVIR EN PAZ QUIEN TIENE  
CIEN PUEBLOS POR RIVALES?

LOS DIOS TESTIGOS DE SU TERNURA DEBÍAN  
Á SU FIDELIDAD EL DÓN DE LA  
INMORTALIDAD PARA QUE ASÍ PUDIESE ESTAR SIEMPRE  
JUNTO Á SU AMA.

El dístico de Catalina decía:

YACE AQUÍ LA DUQUESA ANDERSON,  
QUE MORDIÓ AL SEÑOR DE ROBERTSON.

En cuanto á la tercera galga, aunque persona alguna haya compuesto su epitafio, fué todavía más popular que sus dos compañeras. Es la famosa Suderland, así llamada en recuerdo del inglés que la regaló á la emperatriz, y cuya muerte estuvo en un tris como no causa la más trágica equivocación que haya sucedido á la banca desde que hay banqueros en el mundo.

Cierto día, al amanecer, despertaron á Suderland, opulento capitalista inglés, el mismo que regalara la querida galga, y que, gracias á este regalo, hacía tres años gozaba de gran privanza en el ánimo de la emperatriz.

—Señor, le dijo su ayuda de cámara, vuestra casa está rodeada de guardias, y el jefe de policía solicita hablar con vos.—¿Qué quiere de mí el jefe de policía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, NL, MEXICO

exclamó el banquero saltando de la cama asustado á este solo anuncio.—Lo ignoro, señor, respondió el ayuda de cámara; pero por lo que se ve es de suma importancia, pues me ha dicho que únicamente puede comunicároslo á vos.—Que entre, repuso Suderland poniéndose apresuradamente su bata.

Fuése el ayuda de cámara y poco después volvió á entrar con Reliew, en el rostro del cual y á la primera mirada el banquero leyó que era portador de una nueva fatal. No por eso el isleño dejó de recibir con su habitual finura al jefe de policía, á quien ofreció un asiento. Reliew hizo con la cabeza una señal como dando las gracias, pero se quedó en pie, y con voz lo más lamentable que supo, dijo á Suderland:—Caballero, quépale la certidumbre, por muy honrosa que sea para mí esta prueba de confianza, de que deploro hondamente que su majestad me haya elegido para cumplir una orden cuya severidad me aflige, pero que indudablemente ha sido provocada por un crimen horrendo.—¡Por un crimen horrendo! exclamó Suderland; ¿y quién ha cometido ese crimen?—Es obvio que lo ha cometido V., pues sobre V. cae el castigo.—Palabra que por más que escruto mi conciencia, no hallo porqué nuestra soberana, pues ya V. sabe que estoy naturalizado en Rusia, tenga que dirigirme cargo alguno.—Precisamente el estar V. naturalizado en Rusia, es lo que hace terrible la situación de V.; si hubiese V. continuado siendo súbdito de su majestad británica, podría V. reclamar ante el cónsul inglés, y de esta suerte sustraerse tal vez al rigor de la orden que, con profundo pesar mío, tengo el encargo de cumplir.—Pero en definitiva, ¿qué orden es esa?—¡Oh! nunca tendré el valor suficiente para darla á conocer á V.—¿Habré perdido por mi desdicha el favor de su majestad?—Si no fuese más que eso...—¡Cómo! ¿tendría su majestad la intención de hacerme partir para Inglaterra?—Como Inglaterra es la patria de V., el castigo no sería tan riguroso para que yo titubeara

tanto en dárselo á conocer.—¡Válgame Dios! me llena V. de espanto; ¿acaso quiere su majestad enviarme á Siberia?—Siberia es una tierra deliciosa á la que han calumniado; por otra parte uno vuelve de Siberia.—¿Estoy condenado á prisión?—La prisión nada significa; uno sale de ella.—¡Caballero! ¡caballero! exclamó Suderland cada vez más asustado, ¿estoy condenado á azotes?—Los azotes son un suplicio muy doloroso, respondió Reliew, pero no mata.—¡Bondad divina! profirió el inglés aterrado, ahora veo claramente que voy á morir.—¡Y de qué muerte! articuló el jefe de policía mirando al cielo con profunda conmiseración.—¡Cómo! ¿qué quiere V. decir? ¿no basta arrancarme la vida sin formación de causa, asesinarme porque sí, que todavía la emperatriz ordena?...—¡Ay! sí, su majestad ordena...—¿Qué? hable V., caballero; ¿qué ordena su majestad? Soy hombre y tengo valor; explíquese V.—¡Ay! mi querido amigo, repuso Reliew, su majestad ordena... Como no hubiese recibido yo mismo la orden, en verdad le digo, señor Suderland, que no lo creería.—Me está V. matando lentamente, dijo el banquero. Acabe V. de una vez, ¿qué ha ordenado á V. su majestad?—Que hiciese empajar á V.

El desventurado Suderland lanzó una gran voz, una terrible voz de angustia, y mirando cara á cara á Reliew, exclamó: Lo que V. me dice es monstruoso, y es fuerza que haya V. perdido la razón.—No la he perdido, amigo mío, pero es seguro que durante la operación voy á perderla.—¿Pero cómo se explica que usted, que innumerables veces me ha dado el nombre de amigo, y á quien he tenido la honra de hacer algunos favores, haya recibido una orden semejante sin que haya intentado dar á comprender toda la barbarie de ella á su majestad?—¡Ay! he hecho cuanto ha estado en mí, lo que persona alguna habría osado hacer en mi lugar: he suplicado con lágrimas en los ojos á su majestad que renunciase á su proyecto, ó á lo menos

que encargase á otro la ejecución; pero su majestad me ha contestado con la voz que V. sabe y que no admite réplica: «Vaya V. y no olvide que su deber es cumplir sin replicar las comisiones que me digno confiarle». —¿Y qué ha hecho V.?—Sin demora me he encaminado á casa de un habilísimo naturalista, del naturalista que empaja los pájaros para la Academia de ciencias... Porque la verdad es que ya que no cabe obrar de otra suerte, más vale que lo empajen á V. lo mejor posible... —¿Y el infame ha consentido?—Me ha enviado su compañero, el que empaja los monos, dada la analogía que hay entre la especie humana y la especie simiana. —¿Y qué?—Que está aguardando á V. —¡Cómo! ¡que me está aguardando! ¿Así pues la orden tiene que ejecutarse á raja tabla?—Sin perder instante. —¿Sin darme tiempo para ordenar mis asuntos? ¡no puede ser!—Es, caballero. —A lo menos me permitirá V. escribir dos palabras á su majestad... —No sé si debo... —Es un postrer favor, un favor que no se le niega al más gran culpado. —Arriesgo mi empleo. —Se trata de mi vida, amigo mío. —Pues bien, consiento; pero le advierto que no me separo de V. ni lo negro de una uña. —Gracias, amigo mío, gracias; lo único que le pido es que llame V. á uno de sus agentes para que lleve á palacio la carta.

El jefe de policía llamó al teniente de los guardias de su majestad, le entregó el billete de Suderland, y le ordenó que trajese inmediatamente la respuesta. Diez minutos después, el teniente tornó con la orden de conducir al banquero al palacio imperial: era cuanto deseaba el paciente. El cual se subió á un coche que esperaba á la puerta, y, en compañía del teniente, cinco minutos después llegó al Retiro, donde estaba aguardando Catalina, que se reía á carcajadas cuando introdujeron á su presencia á Suderland.

—Gracia, señora, clamó el banquero arrojándose á los pies de la soberana, asiéndole la mano y tomándola á la vez por loca; gracia, ó á lo menos dígame vuestra

majestad qué crimen he cometido para hacerme acreedor á un castigo tan horrendo. —Pero si nada tiene V. que ver en todo eso, mi querido Suderland, respondió la emperatriz. —¡Que nada tengo yo que ver en todo eso! exclamó Suderland; ¿de quién se trata pues? —Del perro que V. me regaló, y que ayer murió de una indigestión. En mi dolor por tal pérdida y en mi natural deseo de conservar cuando menos su pellejo, he enviado á buscar al botarate de Reliew y le he dicho que hiciese empajar á Suderland. Al ver que Reliew titubeaba, heme dado á entender que se corría de semejante comisión, y me he incomodado. Entonces se ha ido, y... —Pues bien, señora, repuso el banquero al ver que la emperatriz se interrumpía, puede vuestra majestad vanagloriarse de que en el jefe de policía tiene un servidor fiel, pero otra vez dígnese vuestra majestad encargarle que se haga explicar mejor las órdenes que le dan.

En efecto, si el jefe de policía no se hubiese dejado ablandar por los ruegos del banquero, al pobre Suderland lo empajan vivo.

Cumple decir que no todos, en San Petersburgo, salen tan felizmente del atolladero como nuestro inglés, y que en ocasiones, gracias á la presteza con que se ejecutan las órdenes, las equivocaciones no se notan sino cuando ya no pueden enmendarse. Cierta día, Segur, embajador francés en la corte de Catalina, vió entrar en su casa á un hombre, un francés, con los ojos inflamados, encendido el rostro y el traje en desorden.

—¡Justicia, señor conde, justicia! exclamó nuestro desventurado compatriota. —¿Contra quién? preguntó Segur. —Contra un gran señor ruso, monseñor, contra el gobernador de la ciudad, que acaba de hacerme administrar cien latigazos. —¡Cien latigazos! prorrumpe con asombro el embajador, ¿qué le ha hecho V.? —Nada, monseñor, absolutamente nada. —No puede ser. —Palabra que no le he hecho nada, monseñor. —

Está V. loco, amigo mío.—Al contrario, monseñor, tengo la razón cabal.—Pero ¿cómo quiere V. que yo admita que un hombre de cuya imparcialidad y morigeración todos se hacen lenguas cometa tales excesos? —Perdone vucencia, señor conde, replica el querellante; pero por mucho respeto que vucencia me inspire, es menester que me autorice para probarle lo que digo.

Dichas estas palabras, el infeliz francés se quitó el gabán y el chaleco, y mostró á Segur su camisa empapada en sangre y pegada á sus heridas.

—¿Pero cómo ha pasado eso? preguntó Segur.—De la manera más sencilla. Habiendo llegado á mi noticia que el señor de Bruce buscaba un cocinero francés, y estando yo sin colocación, he aprovechado la circunstancia para presentarme en su casa, donde el ayuda de cámara de aquél se ha encargado de introducirme. «Monseñor, ha dicho el ayuda de cámara abriendo la puerta del estudio del gobernador, aquí está el cocinero.—Está bien, ha respondido con sequedad el señor de Bruce; que lo lleven al patio y le den cien latigazos.» Entonces, señor conde, hanme cogido y llevado al patio, y pese á mi resistencia, á mis voces y á mis amenazas, me han administrado los cien latigazos.—Si las cosas han pasado como V. dice, exclamó Segur, es una infamia.—Si no digo la verdad, señor conde, me avengo á recibir el doble.—Escuche V., amigo mío, repuso el embajador, que en el acento del desventurado conoció que éste no mentía, voy á informarme, y si, como empiezo á creerlo, no me ha engañado V., le prometo que obtendrá una ruidosa reparación del agravio; ahora si no me ha dicho V. la verdad en todo, sin perder instante voy á hacer que lo conduzcan á la frontera, y regresará V. á Francia del modo que Dios le dé á entender.—Admitido, monseñor.—Lleve V. mismo esta carta al gobernador, dijo Segur sentándose á su bufete y poniéndose á escribir.—No, gracias, repuso el francés;

con el permiso de vucencia no me expongo á sentar nuevamente la planta en la casa de un hombre que recibe de un modo tan singular á los que tienen que habérselas con él.—Acompañará á V. uno de mis secretarios.—Así no digo que no, señor conde; acompañado por alguno de la embajada voy al infierno.—Pues vaya V., profirió Segur entregando la carta á aquel buen sujeto, y ordenando á uno de sus empleados que lo acompañase.

Al cabo de tres cuartos de hora el querellante regresó con el rostro más placentero del mundo.

—¿Y bien? le preguntó el embajador.—Todo se ha aclarado, respondió el francés.—¿A satisfacción de V., según parece?—Sí, monseñor.—Confieso que me halagará V. si me cuenta eso.—Es muy sencillo, monseñor: su excelencia el señor conde de Bruce tenía por cocinero uno de sus siervos, el cual le merecía la más completa confianza; hace cuatro días que el tunante se fugó después de haber robado quinientos rublos á su amo, y por consiguiente dejando vacante su plaza.—¿Y qué?—Que la plaza esa es la que era objeto de mi ambición, y para ver de obtenerla, me presenté en casa del gobernador. Por mi desgracia, el señor de Bruce había recibido por la mañana la noticia de que á su cocinero le echaran las manos á veinte verstas de San Petersburgo, de modo que cuando su ayuda de cámara le ha dicho: «Monseñor, aquí está el cocinero», él se ha dado á entender que le halaban del ladrón; y como en aquel momento estaba ocupadísimo extendiendo un parte para el emperador, sin volver el rostro ha contestado: «Está bien; que lo lleven al patio y le den cien latigazos.» Que son los que yo he recibido.—¿Y el señor conde de Bruce ha dado á V. explicaciones?—Más, monseñor, respondió el cocinero haciendo sonar en el hueco de la mano una bolsa henchida de monedas de oro; ha ordenado que me entregasen un luis por cada latigazo que me han aplicado. En verdad, ahora siento

que el señor de Bruce no me hubiese hecho administrar doscientos latigazos. Además, el señor conde me ha tomado á su servicio, asegurándome que los latigazos que he recibido me serán tenidos en cuenta para rebajármelos cada y cuando cometa yo alguna falta; de modo que por poco que yo me esmere, voy á pasar tres ó cuatro años sin recibir un capirotazo, lo que no deja de ser grandemente consolador.

En esto entró un ayudante de campo de Bruce, que en nombre de éste venía á convidar al conde de Segur para el día siguiente, á fin de probar los guisados del nuevo cocinero.

El cual pasó diez años en casa del gobernador, y se volvió á Francia con una pensión de seis mil rublos, bendiciendo hasta su postrer instante la venturosa equivocación á que la debía.

Todas estas anécdotas, que se agolpan con todas sus menudencias en mi memoria, no eran para mí tranquilizadoras del todo, máxime comparadas con lo que me pasara la vispera con el zarewich. Sin embargo, el emperador Alejandro era tan bondadoso, según me habían dicho, que por más que en Rusia fuese inusitado el paso que iba yo á dar, no titubé en llevar las cosas hasta el fin, y continué mi paseo en la esperanza de encontrarme con aquél.

Sin embargo ya había visitado yo sucesivamente la columna de Gregorio Orloff, la pirámide erigida al vencedor de Tchesma, y la gruta de Posilipo; es decir hacía cuatro horas que vagaba por aquel jardín que encierra lagos, llanuras y bosques, y empezaba á temer que no encontraría á aquel á quien había ido á buscar, cuando al atravesar una alameda, ví en otra paralela á la que yo seguía á un oficial con capote militar que me saludó y continuó su camino. Entonces me volví hacia un peón jardinero que tras de mí rastrellaba una alameda, y le pregunté quién era aquel oficial tan cortés; y al responderme el peón que el emperador, tomé inmediatamente por una alameda

trasversal para cortar diagonalmente el sendero por el cual se paseaba Alejandro. En efecto, apenas hube avanzado unos ochenta pasos, ví de nuevo al emperador; pero, la verdad sea dicha, al verlo no me sentí con fuerzas para dar un paso más. Alejandro se detuvo un instante, y al ver que el respeto me impedía llegarme hasta él, se adelantó á mi encuentro; yo estaba en el declive de la alameda, con el sombrero en la mano, y el zar avanzaba por el centro, cojeando ligeramente á causa de una herida que se hiciera en la pierna en uno de sus viajes por las márgenes del Don y que acababa de abrirsele nuevamente.

Desde que, hacía nueve años, lo viera yo en París, el zar estaba muy cambiado. Su rostro, antes tan franco y risueño, estaba ahora cubierto de una tristeza enfermiza; echábase de ver que, como la gente no se recataba de decirlo, lo devoraba una melancolía profunda. Ello no obstante, las facciones del zar habían conservado una expresión tal de bondad, que me tranquilicé del todo ó poco menos, y me animé á adelantarme un paso hacia él, en el instante en que pasó, y á decirle:—Señor...—Cúbrase V., repuso el emperador; el aire es demasiado frío para estar con la cabeza descubierta.—Permitame vuestra majestad...—Cúbrase V., cúbrase V., repitió Alejandro.

El cual, al ver que el respeto me impedía obedecer, cogió mi sombrero, y mientras con una mano me lo puso en la cabeza, con la otra me asió el brazo para impedirme que volviese á quitármelo. Entonces, al ver que cesaba mi resistencia, me preguntó:—¿Qué desea V. de mí?—Sire, entregar á vuestra majestad este memorial, respondí sacando de mi bolsillo el documento de marras.—¿Pero V. no sabe, profirió Alejandro poniéndose serio, que salgo de San Petersburgo para sustraerme á los memoriales?—Lo sé, señor, respondí, y no me oculto el atrevimiento de mi paso; pero mi petición tal vez tenga más derechos que otra á la benevolencia de vuestra majestad: va

apostillada.—¿Por quién? interrumpió con viveza el zar.—Por el augusto hermano de vuestra majestad, por su alteza imperial el gran duque Constantino.—¡Ah! profirió el emperador alargando la mano y retirándola al punto.—Esto me ha hecho alentar la esperanza de que vuestra majestad abriría un paréntesis á sus costumbres y se dignaría admitir esta súplica.—Se engaña V., caballero, no la admito, y no la admito, porque, de hacerlo, mañana me presentarían mil, y me vería obligado á huir de estos jardines en los que ya no me dejarían solo. Y al ver en mi rostro la contrariedad que tal negativa me producía, y tendiendo el brazo hacia la iglesia de Santa Sofía, añadió: Eche V. al buzón, en la ciudad, este memorial; hoy mismo lo recibirá, y pasado mañana obtendrá V. la respuesta.—Señor, dije, estoy profundamente agradecido á vuestra majestad.—¿Quiere V. probarme su agradecimiento?—¡Oh! ¿y vuestra majestad me lo pregunta?—Pues no diga V. á persona alguna que me ha presentado una petición y no ha sido V. castigado. Quede V. con Dios.

Dichas estas palabras, el emperador se alejó, dejándome estupefacto con su melancólica bondad; pero no por eso dejé de seguir su consejo, y eché mi memorial al buzón. Tres días después, como el zar me prometiera, recibí la respuesta, y con ella mi nombramiento de maestro de esgrima del imperial cuerpo de ingenieros, con el grado de capitán.

## VIII

Ya regularizado, ó poco menos, mi estado, resolví desde luego dejar la fonda de Londres, y poner casa. A este efecto recorrí en todas direcciones la ciudad, y en una de tales excursiones empecé á conocer verdaderamente á San Petersburgo y á sus habitantes.

El conde Alejo había cumplido su palabra. Gracias á él, desde mi llegada conté con un número de discípulos que, sin sus recomendaciones, no habria y conseguido en un año. Los discípulos á que quiero referirme eran Nariskin, primo del emperador; Pablo de Bobrinski, nieto admitido, si no reconocido, de Gregorio Orloff y de Catalina la Grande; el príncipe de Trubetskoi, coronel del regimiento de Prebowjenskoi; Gorgoli, gran maestre de policía, otros señores de las más encopetadas familias de San Petersburgo, y dos ó tres oficiales polacos que servían en el ejército del emperador.

Una de las cosas de los más encumbrados señores rusos que más me llamó la atención, fué su hospitalaria cortesía, primera virtud de los pueblos que tan raramente sobrevive á su civilización, y que nunca vi desmentida en lo que á mi atañe. Verdad es que el emperador Alejandro, como Luis XIV, que dió á los seis maestros de armas más antiguos de París títulos nobiliarios para sí y sus descendientes, miraba también la esgrima como un arte y no como un oficio, y se había propuesto realzar la profesión que yo ejercía dándonos á mis compañeros y á mí grados más ó menos elevados en el ejército. Con todo eso no puedo menos de decir en alta voz que en ningún país del mundo habria encontrado, como en San Petersburgo, esa familiaridad aristocrática que, sin humillar al que la concede, eleva al que es objeto de ella.

El buen acogimiento de los rusos contribuye tanto más al gusto de los extranjeros, cuanto los hogares domésticos son animadísimos, gracias á los aniversarios y á las grandes fiestas del calendario, á las que todavía hay que añadir la del patrón particular de la casa. De ahí que por poco extenso que sea el círculo de los conocidos, uno pasa pocos días sin que pueda disfrutar de dos ó tres comidas y otros tantos bailes.

Otra ventaja gozan en Rusia los maestros, y es que se convierten en comensales de la casa, en algo así